



Novelas y relatos de autores clásicos y contemporáneos. Entre las figuras más significativas presentes en la colección, destacan los nombres de: Mario Vargas Llosa, Mario Szichman, Miguel de Cervantes, Benito Pérez Galdós, Carlos Montenegro, Enrique Jardiel Poncela, Lino Novás Calvo, Pablo de la Torriente Brau, Vicente Blasco Ibáñez, Leonardo Padura, Antonio José Ponte, José Prats Sariol, Jaime Marchán, Consuelo Triviño, Víctor Fuentes, Juan Arcocha, Claudio Aguiar, Reinaldo Montero, Luis Manuel García Méndez, Luis Martínez de Mingo, Antonio Cavanillas de Blas, Lourdes Vázquez, Josefina Verde, José Lorenzo Fuentes, Julio Travieso, Miguel Barnet, Félix Luis Viera, entre otros.

JOSÉ ÁNGEL MARTÍN GAGO

Dios juega a los dados

ÍNDICE

La última partida.....	15
El picante y la leche de coco.....	23
El graznido de la gaviota.....	31
Una patera en la tormenta	35
El niño Jesús	45
La nube negra.....	51
El peor de los asedios.....	57
Corazonadas y obsesiones.....	61
Perdóname Señor	71
Las lágrimas de San Lorenzo	79
Un plan sencillo	87
Los hijos del azar	95
La libertad, amigo Sancho	101
Vivir y morir solos	107
El día más triste del año.....	115
Un plan perfecto.....	121
El Ferry	127
El tobogán y la niebla	135
El pan de cada día	137
La iglesia de S. Salvador.....	143
Las fases de la Luna.....	147
Villaconejos.....	151
Unos pocos grandes momentos.....	155
La travesía.....	171
Todas las mañanas de Lavapiés.....	177
Dios juega a los dados.....	187

© José Ángel Martín Gago, 2021

Imagen de portada:

© Editorial Verbum, S. L., 2021

Tr.ª Sierra de Gata, 5

La Poveda (Arganda del Rey)

28500 - Madrid

Teléf.: (+34) 910 46 54 33

e-mail: info@editorialverbum.es

<https://editorialverbum.es>

I.S.B.N.: 978-84-1337-522-9

Depósito legal:

Diseño de colección: Origen Gráfico, S. L.

Printed in Spain / Impreso en España



Este libro ha sido
impreso con papel
ecológico procedente
de bosques sostenibles.

Fotocopiar este libro o ponerlo en red libremente sin la autorización de los editores está penado por la ley.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Érase de un marinero
que hizo un jardín junto al mar,
y se metió a jardinero.
Estaba el jardín en flor,
y el jardinero se fue
por esos mares de Dios.

ANTONIO MACHADO

*A mis padres, que me enseñaron a regar los árboles
y a no embarcarme en primavera.*

Nota del autor:

Aunque los capítulos están constituidos por relatos aparentemente independientes, se recomienda leer el libro en el orden establecido, ya que los personajes van reapareciendo a lo largo del libro para modelar una historia coral.

La última partida

Te habrá extrañado recibir un mensaje mío grabado de WhatsApp y, además, habrás observado que tienes dos llamadas perdidas. Intenté llamarte, pero desde donde estoy no tengo cobertura. Ya ves que al final me hice con la tecnología. Soy capaz de enviar mensajes de voz y sé que cuando mi teléfono se conecte de nuevo a la red, sonará un silbido en el tuyo anunciándote que tienes un mensaje nuevo. No soy tan inútil como piensas.

Ha llegado el momento de desvelarte un secreto que nos concierne a los dos. Acabo de arrodillarme en el confesionario, comenzado esta grabación, y no tengo vuelta atrás. Voy a hablarte de mí, a desvelarte algo que espero que cambie tu vida como cambió la mía.

No es tarea fácil hablar de uno mismo delante de un teléfono y aún más difícil entre nosotros. Nuestros padres nunca nos enseñaron a sincerarnos como hombres, a expresar nuestros sentimientos, sino a imponer nuestras ideas. Puños frente a afectos. Bien sabes tú que en el seno de nuestra familia mostrar las emociones era una debilidad y así, nunca nos regalamos un “te quiero” o un beso de despedida. Yo intenté querer a mi hermanito pequeño, te sacaba poco más de un año, pero me lo pusiste muy difícil. Nuestros padres nos obligaban a hacer todo juntos. Compartir amigos, aficiones, ropa e incluso no me permitían escribir en los libros de texto porque el año siguiente los ibas a utilizar tú. No, no quiero que este monólogo se convierta en una queja cursi de nuestra infancia, ni en una manera de matar a un padre que te eligió a ti. La naturaleza ya hizo su trabajo.

El caso es que, como un parásito, creciste a mi lado y me fuiste devorando, royendo mi dignidad como las termitas se comen las

vigas de una casa hasta que pierde su firmeza para, un día, derrumbarse. Fuiste lo peor que me ha pasado. Te extrañarás de oír estas palabras en mi boca, pero te lo voy a explicar sin entrar en mucho detalle, no sea que se me acabe la batería antes de llegar al final. Te convertiste en una enfermedad crónica que me acompañó durante la infancia, época en la que disponías con orgullo de lo tuyo y de lo mío a la vez. Enfermedad que se extendió a la adolescencia, cuando ambos descubríamos la vida, y tú, mi hermano pequeño, eras quien me ilustraba a mí, el hermano mayor, entre risas y humillaciones. Pero pasó el tiempo y la infección que eras se extendió por toda mi vida y acabó por destruir por completo mi personalidad en la edad adulta. El ser más despreciable que he conocido hizo de mí una persona acomplejada y apocada. Te imagino mientras escuchas haciendo muecas de extrañeza, y a la vez esgrimiendo esa risita orgullosa, de satisfacción, aprovechando que nadie te ve. Tranquilo, acabo solo de empezar y te voy a borrar esa sonrisita de superioridad.

Siempre me has apabullado. Eras mejor que yo en todo, y tus argumentos, tu inteligencia o tu fuerza se acababan imponiendo en cada ocasión a mi incapacidad, mi incultura o mi debilidad. Nuestro padre comprendió pronto que tú eras el ganador, a quien tenía que favorecer o apoyar porque nos sacaría de pobres, y yo el perdedor, sin más adjetivos. Repartió nuestros roles y decidió nuestro futuro como señor feudal que reparte sus tierras: “Tú a la universidad y el otro, a trabajar conmigo en la carnicería”.

Todos mis amigos, que eran una parte esencial de mi vida, dejaban de serlo cuando entrabas en escena y, sin saber cómo, acababas siendo su mejor amigo. Tú, el resultón con las chicas, el que fumabas y decías con sorna delante de la panda que yo era tu hermanito boludito, el “*boluhermanito*”. Bonito juego de palabras para llamarme gordo y tonto a la vez. ¿Sabes que todavía algunos en el barrio siguen llamándome así? Me dejaste un bonito mote de recuerdo. Siempre te has comportado como un cerdo conmigo.

Y qué decir de Ana, tu atractiva mujer, que yo mismo te presenté. Era una de mis mejores amigas, pero bastó que te dijese que me gustaba para que comenzases a cortejarla. ¿Cuántas veces ridiculizaste mis gustos delante de ella? Recuerdo una reunión fami-

liar en casa de nuestros padres a la que asististe con tu hija y Ana. Cuando me viste entrar comenzaste a reírte a carcajadas apuntándome con el dedo. No parabas de reír y señalarme, y tu risa era tan contagiosa que todos acabaron riéndose de mí sin saber el motivo. Luego, cuando la familia se tranquilizó, explicaste que vestía como el payaso de la fiesta de cumpleaños de tu hija a la que habías asistido esa mañana. Me has humillado tanto y tantas veces que verte a ti o a tu hija se convirtió en una tortura. Cada vez que me encontraba con Ana me avergonzaba pensando qué nuevas historias, ficticias o reales, le habrías contado. Y eso fue lo que me motivó a hacerlo. Alguien tenía que pararte, tenías que sufrir y conocer en primera persona lo que significa perder algo que quieres o necesitas. Por eso lo hice. Sí, creo que comienzas a darte cuenta de lo que estoy hablando.

Fui yo. Fui yo el mensajero anónimo que envió fotos tuyas posando entre unas tías medio desnudas a Ana y a tu jefe. No fue el marido de alguna de ellas, como pensaste. Fue fácil. Cada vez que salíamos en grupo acababas enrollándote con alguna, a la que abrazabas y besabas con todo el descaro, sin duda para darnos envidia. Luego, te jactabas de esas fotos y las enviabas a tus colegas. Tengo fotos tuyas baboseando con más de cinco mujeres distintas. Sí, fui yo quien lo hizo usando este móvil cojonudo que me regalaste porque tú te comprabas uno mejor y por supuesto que la donación incluía una clase de manejo en público y comentarios sobre mi incapacidad con la tecnología. Nunca imaginé que tu jefe, indignado por la imagen de empresa, te despediría con tanta rapidez.

Me alegré tanto cuando Ana te dejó, que cuando te vi destrozado algo cambió en mi interior. Fue la vacuna que consiguió extirparte de mi interior. Ya no eras el mismo, tenías que cuidar de tu hija, no salías, te faltaba el tiempo, buscabas trabajo, andabas por ahí cansado y triste. A medida que tú enfermabas, yo sanaba y recobraba la seguridad en mí y las ganas de vivir. Un día viniste a llorar a mi casa, pidiéndome consejo y suplicándome si podría interceder ante Ana. Seguro que lo recuerdas. ¡Cómo rogabas! ¡Incluso exigías que te ayudara! No sé cómo pude disimular porque estaba delante de uno de los instantes más felices de mi vida. Te dejé que me suplicas y

finalmente accedí a hablar con ella. Fui a verla a casa de su amiga, donde se instaló provisionalmente cuando te dejó y, después de sincerarnos, me la follé. Sí, como lo oyes. Hicimos el amor desenfundadamente. Mezclábamos risas con insultos hacia tu persona, y eso nos excitaba. No nos cansábamos. Tengo que decirte dos cosas. La primera es que era mentira aquello que nos decías en el bar de que tu mujer era una tabla en la cama, y la segunda que, al contrario, ella me contó que hacer el amor contigo era un suplicio monótono.

Pensarás que soy un cobarde, que no tengo valor para decirte esto a la cara y que me escondo detrás del WhatsApp. No es verdad. No te imaginas lo que daría por ver tu cara en este preciso instante, pero hay un motivo para hacerlo de esta manera. Ha llegado el momento de decirte donde estoy.

Estoy atrapado en la cámara frigorífica de la carnicería. Un golpe de viento ha cerrado la puerta detrás de mí. El pulsador de emergencia está congelado y, aunque he intentado activarlo, ha sido inútil. La sala está a seis grados bajo cero. Entré vestido con manga corta para recoger un pedido, quedé atrapado y sé que me quedan unas pocas horas de vida. Vivo solo y nadie me echará en falta esta noche. Mañana no vendrá el ayudante hasta las 12, para los reparos. Entonces será demasiado tarde. Me encontrará congelado en postura fetal. De hecho, mis dedos están ya rojos y me está costando mucho esfuerzo mantener pulsada la pantalla para enviarte este mensaje. Mi nariz está tan colorada como la carne que me rodea y de ella pende un hilillo líquido que no me puedo limpiar y se congela clavándose como una aguja. Tirito y castaño los dientes sin parar. No hay nada cálido en esta sala, nada con que cubrirme o donde refugiarme. He corrido alrededor para entrar en calor, pero me he dado cuenta de que es inútil. También he intentado forzar la puerta utilizando como ariete la especialidad de la casa, nuestra morcilla gigante, que estaba congelada. La cerradura no ha saltado y he roto la morcilla en mil pedazos. Patético, ¿no?

Ahora estarás riéndote tú. Te concedo el privilegio de que me visualices intentando romper la puerta a *morcillazos* y que ahora me imagines acurrucado, como estoy, sujetando el teléfono de mala manera y exhalando vapor blanco mientras mi pelo se va cubriendo

de escarcha y mi piel enrojece. Sí. Voy a morir. Lo sé. Pero antes quería hacerte daño, que supieras por mí lo que pasó y devolverte alguna de las humillaciones que me has hecho padecer durante toda mi vida. No quería morir sin ganar una pelea contigo, la primera y última, en respuesta a tantas otras palizas que he recibido de ti. Cuando mañana saquen mi cuerpo helado de esta cámara, saldrá a la vez este mensaje de teléfono y mi alma ya habrá llegado al infierno, porque no me arrepiento para nada de mi pecado. Allí nos veremos, hermanito.

Jesús, satisfecho, expulsó una bocanada de aliento blanco que se condensó sobre la pantalla del teléfono y lo depositó en el suelo, entre sus piernas. Se sentía orgulloso de lo que acababa de hacer y no pudo evitar sonreír. Saboreando las dulces mieles de la victoria, olvidó que moría lentamente y decidió pasar sus últimos momentos deleitándose imaginando la cara de su hermano pequeño cuando oyese que se había acostado con Ana. Nunca mentir fue tan placentero. Nunca un órdago a la grande con tan malas cartas tuvo mejor premio. Estos pensamientos le hicieron olvidar el dolor punzante que acompañaba a cada respiración. “¿Tratará Rafa de localizar a Ana para recriminárselo? Es inútil. Ana ahora vive muy lejos“. Se preguntaba y respondía a la vez, mientras se iba quedando mansamente dormido. En cuclillas, para evitar el frío del suelo, apoyado en la pared, sujetaba las piernas con los brazos e iba reclinando la cabeza poco a poco. Jesús se dio cuenta de que esa somnolencia que le invadía era la cara dulce de la muerte y, movido sin duda por el espíritu de supervivencia, quiso revelarse contra un destino certero. Guardó el teléfono en el bolsillo con un gesto instintivo, se levantó a duras penas y comenzó a trotar recorriendo el perímetro de la habitación. Corría acompañando la respiración al trote y sobreponiéndose al dolor, porque cada inspiración era una bocanada de aire gélido que le cerraba la garganta y quemaba los pulmones. Decidió seguir corriendo hasta desfallecer pero, a medida que pasaba el tiempo, la cadencia de su trote se ralentizaba. Se acababa la cuerda del reloj de su vida. Su energía se escapaba con el vaho blanco de cada exhalación.

Cuando no pudo más se sentó otra vez. Estaba fatigado, se ahogaba al respirar y solo pudo encontrar alivio al recrear de nuevo su venganza. Cada poco levantaba la mirada hacia el ventanuco redondo que estaba en la puerta esperando ver la silueta de un salvador. Cuántas veces de pequeño se había asomado a ese ojo de buey, aterrorizado y nervioso, para observar a los cerdos colgados del techo como trajes sin dueño. De niño, este cuarto frío era el mundo del otro lado, el de los muertos, y la ventana era la frontera que separaba ambas realidades y que le permitía observar la quietud del lado prohibido. “¡Qué ironía! –se dijo–, ahora es al revés”. Sacó el teléfono del bolsillo para comprobar que la batería no se había agotado y entretenerse con él. Sus ojos se arquearon y su corazón comenzó a latir más deprisa, más fuerte, más vivo. Le recorrió un escalofrío cuando se dio cuenta de que el mensaje que acababa de redactar había sido enviado e incluso leído por su hermano. La conclusión era ineludible, mientras corría, en algún punto de la cámara frigorífica, el teléfono se había conectado y encontrado cobertura. Solo tenía que buscar el lugar preciso y podría pedir auxilio. Se incorporó y, levantando el móvil en alto, con un gesto más simbólico que útil, comenzó a recorrer la habitación dando pequeños pasos. No encontraba ese punto. Aunque estaba nervioso, se tranquilizó pensando que su hermano Rafa vendría a salvarle. Tenía que aguantar con vida, tenía que luchar contra el dolor y el sueño.

Jesús llevaba un tiempo incierto caminando cuando sintió que alguien golpeaba la puerta de la cámara y, a través de la claraboya, distinguió el rostro de su hermano.

–Ábreme, por Dios –exclamó ansioso, mientras abría sus labios lo más posible para que él pudiese leer en ellos, ya que sabía que la puerta era muy pesada y no se oía nada en el exterior. Rafa no contestó y se limitó a sonreír. Luego, sin prisa, se apartó de la ventanilla, se dirigió hacia el mostrador de la carnicería, comenzó a escribir en un papel y, cuando hubo acabado, lo pegó a la ventana. Jesús, desde el otro lado, lo leyó en alto: “Quien ríe el último ríe mejor. Tú te follaste a Ana y yo te jodo a ti”.

–Por favor abre, eres mi hermano –suplicó Jesús al único habitante del mundo exterior.

La respuesta que recibió fue la sonrisa victoriosa y estática de Rafa que se deleitaba con su trofeo. Jesús corrió a buscar una tabla que utilizaba para cortar los conejos. La cubrió de vaho con su aliento y venciendo el dolor en sus muñecas intentó que sus dedos escribiesen letras inteligibles: “es mentira lo de Ana, lo dije por despecho”. Cuando acabó de escribir su confesión se dio cuenta de que con este mensaje desvelaba sus cartas y terminaba así un farol que había preparado con mimo desde la antesala de su muerte y que le dignificaba para siempre. Su hermanito volvía a ganar. Si confesaba, él sin duda abriría la puerta y sería, aún más, su hazmerreír para siempre. No, debía jugar sus cartas de otra manera. La única manera de salir airoso era convencerle de que le salvase, asumiendo que lo de Ana era cierto. Se volvió hacia la ventana dejando la tabla y gritó:

–Abre la puta puerta, ¡me vas a matar!

Pero Jesús no se había dado cuenta de que el crupier le había vuelto a dar malas cartas y de que la baza que llevaba su hermano era la ganadora. El reloj biológico seguía su curso, su corazón se ralentizaba, mientras que en el mundo exterior la cara de Rafa sonreía impasible mientras fumaba un cigarrillo. A Jesús siempre le había irritado cuando entraba fumando en la carnicería, pero nunca había dejado de hacerlo.

Rafa le mostró otro cartel que había escrito. “Cómete esos trozos de morcilla que veo por el suelo, te darán energía, cerdo”.

Jesús se volvió para escribir con vaho en la tabla y esta vez sí se la mostró: “Abre por favor. Tú ganas”.

Ahora Rafa cambió la expresión y volvió a escribir en otro folio: “Vamos *boluhermanito*, dime que eres un cerdo, pídemelo de rodillas y te abriré”.

Su hermano era insaciable. Apostaba fuerte, pero él ya no podía retirar el farol, debía continuar hasta el final. A muy duras penas, escribió con sus dedos: “Ana, una pasada. Disfrutamos ridiculizándote”.

Su hermano sonrió, exhaló el humo, tiró la colilla al suelo, se dio la vuelta y se fue de la carnicería asegurándose de que la puerta de la calle quedaba bien cerrada.

Jesús se dejó deslizar por la pared hasta que sus glúteos sintieron el frío del suelo. Se sujetó las piernas con los brazos para atrapar el poco calor que le quedaba y, tembloroso, sujetó el móvil con una mano mientras que con la otra escribió como pudo un mensaje al 112: “Me ha encerrado mi hermano por celos y me quiere dejar morir. Encontrarán una colilla en el suelo que prueba que estuve aquí”. Después de escribirlo sonrió. El dulce sueño congeló su gesto de felicidad y le transportó al mundo de los que habitaban el otro lado.

El picante y la leche de coco

No pudimos elegir la mesa. El local estaba lleno y nos sentaron en la única disponible. A Nadia se le había antojado cenar en ese íntimo restaurante malayo y aunque la mesa era pequeña, la calidez del ambiente compensaba las estrecheces. Unos candiles colocados en la pared proyectaban una luz tenue sobre la mesa y nuestras sombras ocultaban los cubiertos. Al sentarme, pude apreciar que la mesa contigua no solo era más grande, sino que estaba mejor iluminada. Una lámpara se descolgaba desde el techo llenando de color y vida unos platos exóticos presentados de manera impecable. Entre ellos me llamaron poderosamente la atención unos langostinos abiertos, que parecían recibir entre sus carnes una salsa amarilla con motas rojas. Dos chicos, sentados uno frente al otro, disfrutaban del momento. Nuestra mesa, sin embargo, era pequeña y oscura, y me parecía evidente que la habían añadido en un hueco libre junto a la pared para aumentar la caja del fin de semana. No obstante, evité quejarme o hacer comentarios jocosos para no decepcionar a Nadia, feliz de haber conseguido cenar en ese restaurante. Estaba cansado y, mientras intentaba leer la carta entre sombras, pedí una cerveza.

–Nuestros vecinos de mesa han tenido más suerte –le dije a Nadia acercándome a ella para que no me escucharan los chicos.

–Sí, pero nosotros estamos bien aquí. Así te tengo más cerca –respondió Nadia cogiéndome la mano con cariño.

–Mira el plato de nuestros vecinos. Esos deben de ser los gambones con leche de coco y picante que son la especialidad de la casa. Tienen una pinta deliciosa.